

MIGUEL ÁNGEL BABIANO ROYÉS



RECUERDOS de Caza Menor  
y Caza Mayor



# ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Prólogo a <i>Recuerdos de Caza Menor y Caza Mayor</i>	15
INICIO	21
ANTES DE EMPEZAR...	27
MIS INICIOS	31
CAZA MENOR	41
Sensaciones cazadoras muy variadas	43
Cazar en lo libre. Toda una escuela	51
El pelo. Conejos y liebres	59
<i>Conejos. Sin perro no</i>	59
<i>Liebres... al salto</i>	80
Becadas y agachadizas	91
<i>Becadas</i>	91
<i>Vamos con la agachadiza común</i>	103
Perdices. Dicen...la reina de la caza menor	111
Codornices, tórtolas y palomas torcaces	129
<i>Codornices. Otra de mis debilidades</i>	130
<i>Tórtolas. Buenas manos con la escopeta</i>	137
<i>Palomas torcaces. Siempre apetecibles</i>	144

CAZA MAYOR	155
La montería. Ilusión de lo impredecible. Tradición	157
<i>Mi primer cochino</i>	174
Recechos. De nuestros ancestros a la actualidad	217
Corzos. Un bosque lleno de Duendes	253
Recechos nocturnos de jabalí	289
Esperas de jabalí, con nombre propio	315

## MIS INICIOS

He tenido, y acentúo el tiempo pasado del verbo, la suerte de disfrutar plenamente en el más amplio sentido del ejercicio, de la «pajarera», la de perdigones, la balinera, la de aire comprimido, la escopetilla...

Dudo mucho que los zagales de hoy en día, incluso en el medio rural, puedan desarrollar el ejercicio o el inicio venatorio acompañados de la pajarera, como lo hice yo y otros muchos de mi quinta y más mayores, con esa naturalidad y (entre comillas) la desahogada permisibilidad de entonces. Considero un acto elemental en la vida de todo cazador haberte iniciado con una escopetilla de aire comprimido. Fundamentalmente por empaparte de unas primerizas sensaciones a la hora de familiarizarte con un arma, respetarla y empezar a ser consciente de la seriedad y disciplina con la que se debe tratar su manejo. Yo tuve pocos juguetes; pero escopetillas de ventosas y de casquetes a montones. Como me viese mi padre apuntarle a alguien o pasar el cañón por delante de cualquier persona, el guantazo o pescozón era inminente.

—¡Nunca se apunta a nadie con un arma! —me decía muy serio.

—¡Si es de mentira! —argumentaba yo mientras me rascaba la cabeza por el reciente sopapo.

—De una escoba salió una vez un tiro —decía.

Se lo agradezco, y siempre lo he tenido muy presente; pues en esta didáctica característica concreta, mi padre fue el mejor maestro que se puede tener. Seguramente, gracias a estas lecciones, a día

de hoy sigo guardando un respeto muy grande, e incluso me considero un pelín maniático con la seguridad para con las armas.

Yo digo que nadie está exento de tener un percance si se utilizan armas; pero hay ciertas normas básicas para no tenerlo. La manera de manipular y llevar cuando portas el arma, la orientación del cañón a la hora de cargarla, cómo se debe apoyar de manera segura dependiendo de la superficie, el dedo siempre fuera del gatillo, excepto y solamente cuando vas a disparar y cuando se dispara, tener siempre muy presente la trayectoria en este caso del balín, etc. Esto que refiero es básico no, lo siguiente; pues al día de hoy «cazadores» noveles y no noveles siguen cometiendo imprudencias en el manejo del arma. Me parece imperdonable, y esos pescozones que me daba mi padre se los daba yo a más de uno, de dos y de diez que se lo merecen con creces. No sé ustedes, pero yo cazo mucho, y sigo viendo estas imprudencias un día sí, y otro también. Lo he presenciado y vivido de personas de todo pelaje, en mis propias carnes en ocasiones, por suerte aisladas que no frecuentes, situaciones harto desagradables e imprudentes. Y no es plato de buen gusto, y me molesta más si cabe cuando vienen de manos de personas que se las van dando de súper: «Yo soy más y mejor», y en cero coma se quedan con el culo al aire por una imprudencia.

Volviendo a la pajarera, el recuerdo es sumamente embriagador, pues me retrotrae a épocas pasadas con muchísimo cariño, bien en compañía de mi padre o en completa soledad, totalmente a mi aire. No había prácticamente ocasión en que no echásemos la escopetilla, y por los caminos no dábamos tregua a los múltiples pájaros posados en alambres, tendidos, troncos... Los trigueros eran predilección; decía mi padre:

—Esos tienen buena presa y están muy ricos.

Recuerdo ir durante muchos años, siendo yo un mico, a la finca San Pedrillo, en el término de Carcaboso, donde cacé mi

primer gorrión con cuatro añitos en un enorme eucalipto. Lo recuerdo como si fuese ayer, y cada vez que paso por la carretera que va de Plasencia a Carcaboso en la lejanía veo aquel eucalipto y reproduzco la escena. Los guardeses eran conocidos íntimos de la familia de mi padre, y particularmente le tenían mucho afecto; si sabían de nuestra visita le tenían siempre dulces típicos de aquellas tierras tan abiertas al ofrecer: perrunillas, huesillos extremeños, buñuelos de caña, sapillos... que el goloso de mi padre no rechazaba. Yo tampoco, pero prefería pegar tiros.

Acudíamos en plena siesta a unas moreras al pie de la casa, próximas al curso del río Jerte. Nos sentábamos a la sombra en las escaleras de lo que en su día fueron las escuelas de todos los niños de las gentes que trabajaban el tabaco, y desde ahí le dábamos a los tordos, mirlos y oropéndolas macho que acudían chorreados a consumir con avidez el fruto. Solo ellos eran objeto de caza; a los demás pájaros no les tirábamos, pues eran más confiados, con lo que la espera se hacía más interesante. Nos turnábamos un lance cada uno, disfrutando de los de mi padre que fino no, lo siguiente, hasta que se despertaban de la siesta los guardeses y me dejaba solo con la caza. Así fui aprendiendo, sin apreciarlo entonces, a no tener ansia por disparar, a tener paciencia jugando y seleccionando los lances, a buscar con sigilo entre la frondosidad de las hojas de aquellos árboles las piezas, y ser más astuto que ellos. Había que aprovechar cada lance (pues no todos eran iguales), tener prontitud a la hora de apuntar, y disparar. Toda una escuela desde los cinco hasta los doce años, cuando se jubilaron aquellas gentes tan amables, buenas personas, y dejamos de ir a esa finca.

Otro recuerdo fabuloso que a día de hoy todavía mencionamos en no pocas ocasiones en mi casa, o de chascarrillo con algún amigo, son las ratas de Plasencia y Carcaboso. Sin querer, un día a la entrada de Plasencia paramos en una fábrica donde

hacían y tenían venta directa al público de quesos, y observamos la cantidad de ratas que habitaban en los desagües y un riachuelo aledaño a la quesería. Estuvimos dándoles cera con la del 4,5 dos años, hasta que el Ayuntamiento puso veneno y se nos fastidió el entretenimiento.

Y en, Carcaboso al basurero, mi padre con el rifle del 22 y yo con la del 4,5. Madre mía, qué ratos y horas más buenas pasamos con las dichas ratas, como que mi padre se llevaba una sombrilla y la bolsa nevera.

Tenías que afinar muchísimo, pues son muy duras para morir. Había que apuntar a la cabeza o en la paletilla un poco alto, como hacia los omoplatos, buscando la mayor efectividad y procurando en lo posible que pataleasen lo menos posible, para no alertar a sus colegas moviendo latas y otras purrelas. Nos poníamos uno en cada punta del basurero, seleccionando tirar solo a las grandes, que las había casi como conejos. Los primeros días pasábamos de largo las cien entre los dos, y paulatinamente las capturas iban en descenso, como es lógico; se hacían más recelosas, saliendo primero las pequeñas y luego poco a poco las grandes. Tenías que moverte lo justo, estando en tensión, sin brusquedad y listo para disparar, teniendo la escopeta casi encarada, pues a la mínima desaparecían entre la basura y perdías la oportunidad. Lo que pudimos disfrutar.

Mientras mis amigos se levantaban tarde en la mañana y posteriormente no perdonaban la siesta, yo me ponía mi despertador y cuando no estaba de pesca, de liga, que me ha encantado coger pájaros con este arte (hasta en tres ocasiones he cogido el mismo jilguero, y en una ocasión dos veces el mismo, lo sabía porque les ponía unas anillas de plástico con colores que me compraban en el Rastro de Madrid cuando los soltaba desde el patio de mi casa, pues me quedaba solo con los machos para seleccionar los reclamos) o me iba con la escopetilla, eso cuando estaba solo en el

pueblo con mi madre, que cuando venía mi padre o estábamos a una cosa o le dábamos a otra, el caso era no parar.

En plena siesta acudía a las higueras a matar tordos, y a unos barrancos en una fábrica de ladrillos cercana a mi casa donde se teaban las palomas zuritas, que vendían muy cara su piel. Tenías que asomarte muy despacio, poco a poco, encarado, presto, y en cuanto veías la cabeza sacudirlas, y las más de las veces volaban; cazar una era una quimera.

Ranas. Sí, ranas. Ahora sería impensable. La de cientos y cientos que habré cazado con la caña, una potera y un trozo de trapo rojo prendido, pero sobre todo con la escopetilla del 4,5. Y así diversificaba los lances con culebrillas de agua y cualquier ave que se tirase a beber en las lagunas. Me encantaba, y comerlas también, las ranas. Tenías que hilar muy fino, disparando en la nuca o las sienes para dejarlas secas dependiendo de la posición en la que se encontrasen al pie de la orilla, y no perderlas, ya que heridas saltaban al agua y las culebras de agua enseguida olían su sangre y me las robaban. Pero sobre todo, localizar a las gordas entre el verdín, los ramajes y las imperfecciones de la orilla por las pisadas del ganado vacuno y debido a la naturaleza propia del medio era tarea ardua para que no saltasen antes de poder sacudirlas. Me río yo de los recechos de los corzos, entretenidísimo esto de cazar las ranas; pero más aún pelarlas para luego en un periquete dar cuenta de ellas. Mi madre, gran cocinera y con una sobrada bondad, las guisaba rebozadas o en tomate para sus amigos; pero el que las cazaba, pelaba y dejaba listas sus ancas era yo.

Le gustaba mucho a mi padre, añorando supongo sus tiempos de zagal, cazar en sus dormidas pardales, así denominados en Extremadura a los comunes gorriatos. Estos se congregan para dormir en unos determinados árboles que escogen por diversos motivos, juntándose verdaderos montones de gorriones al ir entrando



la noche, y lo que estábamos siempre atentos en sus vuelos vespertinos por localizar estas dormidas, para posteriormente ir a darles un repaso con la pajarera y la linterna de petaca, siempre y cuando no hubiese nada de luna, imprescindible para el menester que nos ocupa, pues con luz de luna se vuelan a otros árboles en cuanto los disparas, y sin luna se remueven, pero el oscuro de la noche les hace no volar. Había noches muy fructíferas con consecuencias en forma de tortícolis severas, y al día siguiente tupa de pelar pájaros; esto último lo llevaba peor, pero de obligado cumplimiento: «Igual que los cazas los pelas», me obligaba mi padre. Y otra vez mi azarosa madre guisaba gentilmente para conocidos y amigotes, que los pajaritos fritos son un manjar de manjares.

Para terminar mis andanzas con la añorada escopeta de plomos, contaré dos anécdotas en modo para mí didáctico.

En el periodo vacacional, tanto en verano como en invierno, había semanas en las que nos quedábamos mi madre y yo solos en la casa del pueblo, y mi padre se iba a Madrid para trabajar. Pues bien, en una de estas, en verano, yo tendría ocho años, pasaba por una de las esquinas de la parcela de mi casa en Carcaboso, donde había unos cables de alta tensión que todas las mañanas aparecían repletos de golondrinas posadas. Por aquello de que mi padre se sintiese orgulloso de mí, preparé una montonera considerable de abates de estos venerables pájaros, aprovechando las bondades de tal ave, para que a su regreso viese lo bien que se me había dado la caza. Cuando vio aquello no me pegó, pero me llamó al orden.

—Hijo, esto no se hace. Mata una pareja, y las estudias con el libro de Aves de España que hay en casa.

—¿Por qué, papá? ¿Es que son de Dios?

—Eso es mentira, hijo; no son de Dios, son del campo, y son aves insectívoras que se comen siete mil mosquitos a la semana,

mil al día, de esos que nos pican por la noche, por los que tenemos que poner la pastillita para que no nos piquen.

En Navidades de ese mismo año sucedió lo mismo, pero con otra montonera de pajarillos de toda clase: mirlos, currucas, petirrojos, lavanderas, mosquiteros, herrerillos, chochines, mitos, pardillos, verderones, etc., que ilusionado guardaba en el frigorífico de casa para impresionar a mi padre por mi gran y variada cacería. Cuando vio aquello el enfado fue mayúsculo y la bronca monumental, con el consiguiente repaso de todas las virtudes para el campo de cada uno de aquellos pobres pájaros... «Este se come los pulgones de tal árbol, este los parásitos de tales plantas, el otro los gusanos que atacan a tal cultivo...».

—No vuelvas a hacerlo, hijo, esto no está bien.

Y no lo volví hacer, ni volví a matar pajarillo alguno de todos los que fueran beneficiosos para los intereses humanos para con el campo, que buen conocedor era yo de todos y cada uno de ellos.

Así me enseñaron.

Un cazador debe saber, o al menos debe interesarse por la fauna de su entorno, las especies protegidas y las cinegéticas, y de otro montón de cosas inherentes al arte de cazar. Sacarse el permiso de armas en este país es empollarse unas leyes y hale, al campo con un arma; y considero un gravísimo error esta situación. Personalmente no estoy de acuerdo con ese tipo de examen. Está falto de una estructura adecuada para sacarse un permiso de armas orientado a la caza u otra actividad deportiva relacionada. Yo incluiría muchas más cosas imprescindibles para el ejercicio de la caza menor y mayor; pero como el que lo hace seguramente es un político o un técnico administrativo del Estado que de estas cosas del arte de la caza y campo sabrá muy poco, pues es lo que tenemos en gran medida.

Recuerdo hace muchos años, cuando cursaba 8º de EGB en un colegio de Pozuelo, y pasó muy cerca del amplio ventanal del

aula un nutrido bando de gaviotas. Mis compañeros se excitaron con la visión de los pájaros sin saber a qué clase pertenecían, al decirles que eran gaviotas se rieron todos de mí:

—Qué gili... si gaviotas solo hay en el mar.

La enfermedad del ignorante es ignorar su propia ignorancia.

He visto «cazadores» de toda la vida confundir un abejaruco con un zorzal, tomando un avefría por perdiz, conejo por liebre, un búho real por un grajo, y no digamos una corza por una cierva, aun cuando se han parado en una siembra a treinta metros. Recuerdo metérsela doblada a muchos «cazadores» conocidos nuestros que por supuesto no nombraré, pues son unos cuantos, cuando teníamos casa en Carcaboso, zona del regadío bajo en Extremadura, donde se veían las blancas y espigadas garcillas bueyeras en las verdes y numerosas praderas de aquellos parajes. Al preguntarnos qué clase de pájaros eran, y mi padre o yo socarronamente les decíamos que eran «palomas del Japón».

—Huy, pues qué patas más largas.

—Claro, por eso son de Japón.

—Ahhh.

Todo esto se queda dentro, y sin que te des cuenta es una biblioteca mental y refleja, productiva y ventajosa, sobre todo si has tenido continuidad, afición y facultades.

Se aprende desde niño, aunque sea en circunstancias distintas a las mías, que lo he mamado desde chico, solo hay que poner interés en aprender un poco, que el saber no ocupa lugar, y más andando con armas en las manos. Ahora veo a muy pocos niños acompañando a sus padres de caza; incluso tengo buenos amigos cazadores con hijos que no los llevan. «Las madres con sensibilidad animalista (que luego no los sacan del *burger*, será que la carne es de plástico, tiene narices), la educación, los compañeros del cole y esta sociedad de ahora». Eso es lo que me suelen decir cuando les

pregunto por los chiquillos. Supongo que la *Play Station* será más constructiva que lo que yo he vivido de niño, rodeado de naturaleza y disfrutando de ella de diferentes formas. Me llama la atención; pero por otro lado comprendo que los tengan que llevar a granjas escuela para enseñarles que la leche no viene del *tetra brik*, y los huevos del cartón. Pero es lo que hay.

Hace no mucho asistí a una montería en la preciosa finca El Hito, en la emblemática Sierra de San Pedro extremeña, y el chiquillerío masculino y femenino era mucho más numeroso que los monteros. Se me saltaban las lágrimas; además se los veía con una soltura campera inusual. Qué alegría, y enhorabuena a esos padres.